

Sí, a veces no solo me olvidaba de quién era,
sino de que era, me olvidaba de ser.

SAMUEL BECKETT, *Molloy*

Comienzos

Preludios

El hombre —yo, este ser pálido, quién otro iba a ser si no— despierta asustado entre las sábanas enredadas.

El cuarto en penumbra, las puertas entreabiertas del armario y la lámpara de listones de pino en la mesita de noche: no los reconozco. En el otro extremo del cuarto, a lo lejos, la luminosidad de la farola que recubre la persiana tiene un fulgor inquietante, desagradable. Ninguno de estos objetos antes familiares tiene ahora familiaridad alguna. Y lo que es peor, no me reconozco ni me recuerdo. Me incorporo en la cama; en realidad, alcanzo la vertical a sacudidas, envuelto en un miedo leve y soñoliento. Aquí hay un demonio, uno de los innombrables, el demonio del borrado y el olvido. No consigo abrirme paso a través de esta sensación porque la cabeza no me funciona, y porque ella, la carne en que me alojo, todavía no se ha convertido en mí.

Al mirar la oscuridad veo manchas flotantes: ahí, en la pared de enfrente, hay engranajes que se mueven por separado y luego se acercan unos a otros hasta que sus ruedas dentadas encajan y giran al unísono.

Entonces siento su mano en la espalda. A estas alturas ella está acostumbrada a mis amnesias nocturnas y, con una respuesta que se ha vuelto casi automática, desde su lado de la cama, medio dormida, estira el brazo y me toca entre los omóplatos.

De este modo los objetos del mundo regresan a sus sitios fijos.

—Charlie —dice.

Aunque yo no me he reconocido, al parecer a ella sí la reconozco: su mano, su voz, incluso el leve aroma a galleta salada que desprende su cuerpo al surgir del sueño. Me vuelvo hacia ella y la abrazo, tratando de controlar los latidos de mi corazón. Me pone la mano en el pecho.

—Estabas soñando —dice—. Has tenido una pesadilla. —Y otra vez medio dormida, añade—: Tienes pesadillas —bosteza— porque no... —Antes de terminar la frase, se sumerge otra vez en el sueño.

Me levanto y voy al estudio. Me han aconsejado que tome una serie de medidas para remediarlo. Tengo «lapsus de identidad», como gusta llamarlos el médico. No he encontrado esta expresión clínica en ningún libro. Creo que se la ha inventado. Se llamen como se llamen, estos lapsus traen aparejados unos efectos físicos secundarios: el corazón me sigue latiendo con fuerza y apenas consigo estar sentado o acostado.

Escribo mi nombre, «Charles Baxter», mi dirección, el país y el estado donde vivo. Me invento una palabra que no existe en nuestro idioma pero que podría tener un significado o debería tenerlo: «desbrillado». Soy un desbrillado. Apunto la palabra junto a mi nombre.

En la pared de la planta baja, cerca del pie de las escaleras, hemos colgado un espejo antiguo tan viejo que ya casi no refleja nada. Su superficie, desgastada hasta formar nudosas raíces veteadas de gris, ha perdido una de sus dimensiones. Desbrillado, como yo. Ya no te puedes ver en él, sino a través de él. La profundidad ha dado paso a la textura. Este espejo no devuelve nada y no reclama nada productivo de nadie. Se ha desgastado hasta tal punto que debes aprender a vivir con lo que se niega a hacer. En eso radica su belleza.

Me he puesto vaqueros, una camisa, zapatos. Daré un paseo. Me escabullo, sigiloso, delante del espejo que no espejea, imaginando ser un vampiro que absorbe otras esencias distintas de la sangre. Salgo a Woodland Drive y camino hasta el final de la manzana, donde hay un amplio solar. Aquí estoy, un simple vecino, sonambuleando, inofensivo, ya no soy una amenaza para mí mismo ni para nadie, y ahora que estoy fuera poco a poco me voy calmando.

Como sabe todo el vecindario, en el terreno que piso nunca construirán una casa debido a los problemas de drenaje del subsuelo. En los terrenos llanos de Míchigan el agua se estanca. Los desagües pluviales han resultado inadecuados y por lo tanto, después de las tormentas, este solar situado al pie de la colina en la que se construyó nuestra calle se inunda siempre y retiene la humedad durante semanas. A los niños del barrio les encanta. Tras la lluvia corren hacia los charcos chillando.

Allá arriba, en el limpio cielo nocturno, la luna, loca compañera de la tierra, interpreta a voz en grito canciones de musicales. Se trata de un popurrí de Rodgers y Hart, incluida *Where or When*. La luna tiene una bonita voz de barítono. No: algún vecino del final de la calle tiene puesto un equipo de música. Por lo visto sigo medio dormido y desorientado. Después de todo parece que la luna no está cantando.

Me alejo del solar y lo bordeo en dirección este por la acera que lleva al sendero que se interna en eso que llaman Pioneer Woods. Este bosque limita con las casas de mi calle. Conozco el sendero de memoria. Durante los últimos veinte años he paseado por él casi a diario. Nuestra perra *Tasha* camina por aquí tan mecánicamente como yo salvo cuando ve una ardilla. Bajo la luz de la luna el sendero que sigo se asemeja al túnel por el que la

Bella camina para llegar a la Bestia, y aunque no veo lo que hay al final, no me hace falta. Podría recorrerlo a ciegas.

Ya en el sendero, impulsado hacia la izquierda en dirección a un grupo de arces, oigo el sonido de las gotas que caen entre las hojas. No puede estar lloviendo. Allá arriba, aunque con intermitencias, las estrellas siguen visibles. No: son las lagartas peludas que, en su estado de oruga, mastican las hojas de arce y de guillomo y hoja por hoja van devorando el bosque de nuestro barrio. Por la noche no dan tregua. Han infestado los bosques y de día el sol brilla a través de estos árboles como si hubiese llegado la primavera; aturdidos y pelados, los nudos de hojas roídas y mordisqueadas apenas proyectan sombra en la tierra, donde la química alterada del suelo a causa de los restos de orugas ha matado gran parte de las plántulas para dejar solo cardos espinosos, desagradablemente extendidos y muy arraigados, una vegetación fantasma de película de terror con sistemas radiculares profundos. Los árboles están cubiertos, tachonados de orugas, y los troncos tienen un aspecto peludo y en movimiento. Apenas consigo verlas, pero las oigo chirriar y arrastrarse.

El municipio ha fumigado el bosque con *Bacillus thuringiensis*, dos palabras que me encanta repetir para mis adentros, y el bacilo ha matado algunas de estas plagas; sus cuerpos yacen en el sendero, de donde los recogen mis zapatos, aparentemente adhesivos. Al andar en la oscuridad los noto debajo de las suelas, vida semilíquida que se retuerce. Chif, chof. Y en mi confusión nocturna es como si pudiera oírlas roer las hojas, comerse el bosque vivo, jirón a jirón. No lo soporto. No son delicadas estas mariposas. Su apetito es de una voracidad ciega, obsesiva. Un conocido me ha contado que entre los navajos llaman «locos mariposa» a quienes padecen enfermedades emocionales.

Salgo al otro lado del bosque, al borde de una calle, Stadium Boulevard, y bajo por una cuesta hacia la esquina, donde un semáforo parpadea en rojo en ambas direcciones. Giro al este y voy hacia el campo de fútbol americano de la Universidad de Michigan, el estadio universitario más grande del país. En su mayor parte está construido bajo tierra; apenas se ve una mínima fracción de su estructura de hormigón y acero desde aquí, en la esquina de Stadium y Main, al este de la escuela secundaria Pioneer. De vez en cuando pasa algún coche, los conductores van agazapados; de vez en cuando me echan un vistazo con un aire temeroso o depredador. En la oscuridad, dos adolescentes en monopatín avanzan por la calzada haciendo ruido, practicando en los bordillos esos arriesgados y asombrosos saltos rompetobillos. Gruñen y gritan. Los dos son blancos y lucen un estilo rastafari propio, con rastas y chalecos enormes desabrochados sin nada debajo. Miro el reloj. La una y media. Me detengo para asegurarme de que no pasan coches patrulla y cruzo los torniquetes de la entrada. La universidad ha planeado construir una enorme valla de hierro alrededor del estadio, pero la valla no ha llegado todavía. Estoy entrando sin autorización y pueden detenerme. Después de colarme por el túnel de la puerta 19, me encuentro en la zona del extremo sur, reino del fútbol americano.

Dentro del estadio, noto en la espalda la silenciosa luz de la luna y me siento en un banco de metal. La lluvia de estrellas de agosto parece ahora parte de este espectáculo. Estoy en la grada a dos tercios del suelo. Estos asientos son demasiado altos para ver bien y demasiado fríos y metálicos para estar cómodo, pero el estadio es tan colosal que convierte en irrelevantes la mayoría de las opiniones. Como cualquier coliseo, derrota la intimidad y la soledad con su mero tamaño. Excavado en la tierra, diseñado para hordas y gigantes, para heridas sangrantes y alaridos, tan colosal que resulta inabarcable de un vistazo, el estadio puede considerarse la plataforma de lanzamiento de los acontecimientos épicos, y no

solo del fútbol americano: en 1964, el presidente Lyndon Baines Johnson anunció aquí su programa de la Gran Sociedad.

Todos los sábados de otoño, cuando el equipo juega en casa, zepelines y biplanos tiran de sus anuncios publicitarios y vuelan en semicírculo allá en el cielo. Más o menos tres horas antes del saque inicial, nuestra calle empieza a llenarse de coches aparcados y autocaravanas conducidas por gentes venidas del Medio Oeste en diversos estados de feliz e incipiente embriaguez, y cuando rastrillo las hojas en el jardín de atrás, el clamor me llega como una oleada desde casi un kilómetro de distancia. El público que asiste a los partidos es ruidosamente tradicional y antifonal: un lado del estadio ruge VAMOS, y el otro ruge BLUE. Los gritos suben al cielo, también azul, aunque no forofo.

La luz de la luna se refleja en las filas de gradas. Miro el campo ahora, a la una y cuarenta y tres minutos de la madrugada. Allá abajo se representa el sueño de una noche de verano.

¡Ay, qué despacio mengua esta! Demora mis deseos y los de una pareja desnuda y solitaria, apenas visible allá abajo en este mismo instante, en la línea de la yarda cincuenta, que hace el amor en esta noche de verano.

A lo lejos se oyen los gritos de unos suaves cambios de jugada.

De vuelta en la acera, giro al oeste y camino hacia Allmendinger Park. Veo los aros de baloncesto, las canchas de tenis y el parque infantil con sus estructuras de barras débilmente iluminadas por las farolas. Cerca del tiovivo, los urbanistas han atornillado al suelo varios bancos para que los padres sedentarios vigilen a sus hijos. Yo vigilaba a mi hijo desde ese mismo lugar. Mientras paseo por la acera, creo ver a alguien, una silueta imprecisa con chaqueta, como si emergiera de una niebla o bruma, sentada en un banco en compañía de un perro, aunque sin duda alguna ese hombre no vigila a ningún niño, menos a estas horas de la noche, y cuando me acerco, levanta la vista, igual que el perro,

un cruce anodino de collie, labrador y pastor. A este perro lo conozco. También al hombre sentado a su lado. Lo conozco desde hace años. Tiene los brazos estirados a ambos lados del banco, las piernas cruzadas y, además de la chaqueta (una cazadora azul oscuro de los Chicago Bulls), lleva gorra de béisbol, como si no fuera del todo adulto, como si no hubiera abandonado del todo los sueños de juventud, atlética elegancia y destreza. Se llama Bradley W. Smith.

Los pantalones de algodón le van grandes —le forman bolsas en caderas y rodillas— y lleva una camisa con un estampado curioso que no alcanzo a identificar, un dibujo de jirafas entrelazadas de M. C. Escher, jirafas conectadas entre sí, pero no puede ser eso, no puede ser lo que creo que es. En la oscuridad, mi amigo tiene el aspecto de un sapo excepcionalmente apuesto. El perro lanza un bocado a una mariposa, luego apoya la cabeza en la pierna de su amo. Quizás lo de las jirafas de la camisa sea una alucinación mía, o puede que simplemente esté equivocado. Me echa un vistazo en la oscuridad cuando me siento a su lado en el banco.

—Hola, Charlie —saluda—. ¿Qué diablos haces tú aquí? ¿Qué te cuentas?

—Hola, Charlie —saluda—. ¿Qué diablos haces tú aquí?
¿Qué te cuentas?

Sentado a su lado, veo reflejadas en sus gafas la minúscula luna menguante y una pálida estrella fugaz. En la semioscuridad tiene una cara atractiva y apacible, abundante pelo rizado y una sonrisa fácil y encantadora, como la de un empleado bancario que no acaba de decidir si tu historial crediticio es digno de ti. Tiene ojos grandes, pensativos, como de sapo. Enseguida caigo en la cuenta de que si está sentado aquí, en este banco del parque, a estas horas, debe de ser un hombre un tanto desafortunado, insomne, angustiado o abatido.

—Hola, Bradley —saludo—. Poca cosa. Doy un paseo. Es una noche de verano y tengo insomnio. Veo que tú también sigues despierto.

—Sí —dice asintiendo sin necesidad—, así es.

Los dos esperamos. Finalmente, le pregunto:

—¿Cómo es que estás levantado?

—¿Yo? Pues he estado hasta tarde tratando de arreglar una ventana de guillotina de mi casa. El contrapeso de la polea se ha soltado y quería sacarla de la pared.

—Complicado.

—Pues sí. En fin, que no he sido capaz, y como no podía

arreglar la ventana, he sacado a pasear a *Bradley* el perro. ¿Te acuerdas de él?

— ¿Cómo lo has llamado?

— *Bradley*. Te lo acabo de decir. Igual que yo. Es más fácil llamarlo *Júnior*. Así no hay confusión. Me acompaña. Pero tú tampoco estás durmiendo, ¿no? —pregunta con la vista clavada a media distancia como si hablara solo, como si yo fuera una sombra de él—. Ya somos dos. —Se reclina en el asiento—. Tres, contando al perro.

— Me he despertado —le cuento— y veía cosas.

— ¿Qué cosas?

— No quiero hablar de eso —le digo.

— De acuerdo.

— Bueno, ya sabes. Veía manchas.

— ¿Manchas?

— Sí. Como manchas delante de los ojos. Pero estas eran más bien como ruedas dentadas.

— ¿Te refieres a engranajes o algo así?

— Supongo. Ruedas dentadas que daban vueltas acercándose unas a otras, girando a la vez hasta que los dientes encajaban. —Me rasco el brazo, una picadura de mosquito.

En la sombra, un lado de su cara parece a punto de derrumbarse, como si el esfuerzo por guardar las apariencias resultara al fin inútil y el optimismo diurno lo hubiese abandonado. Suspira y rasca a *Júnior* detrás de las orejas. El perro responde con una amplia sonrisa.

— Engranajes. Primera vez que lo oigo. Imagino que no duermes mejor que yo. Somos dos miembros del ejército insomne. —Se estira y sube los brazos para aspirar aire—. Una cofradía de hombres. Y de mujeres. ¿Sabías que Marlene Dietrich tenía insomnio?

— No lo sabía.

— ¿Y sabes qué hacía de noche para mantenerse ocupada?

— No.

—Tartas —me dice—. Lo leí en el diario del domingo. Preparaba pastel de ángel y después se los regalaba a sus amigos. Marlene Dietrich. Tenía ese aspecto y esos ojos porque no dormía bien. En cuanto a mí —dice, acomodándose en el banco—, me quedo aquí sentado, muy, muy quieto, igual que... cómo se llamaba... el Buda compasivo, y pienso en el mundo, ese en el que tú y yo vivimos, y busco conclusiones. Conclusiones y remedios. Últimamente he pensado en grandes remedios. A grandes males, grandes remedios. Esa es la frase.

—¿A qué te refieres con grandes remedios? Y a mí no me metas en tu fraternidad. Yo solo estoy dando un paseo por el barrio.

—¡Un paseo por el barrio! Venga, hombre —dice, y me apunta con dos dedos como si fueran el cañón de un revólver—, tendrás suerte si no te detiene un coche patrulla.

—Soy un tipo respetable —le digo.

—¿Te das cuenta de lo que dices? ¡Respetable! Vas vestido como un vagabundo. Como un matón. ¿No sabías que en esta ciudad es ilegal pasear de noche? —Se levanta y de reojo me echa una mirada inquisitiva. Al parecer no le gusta lo que ve—. Tienes pinta de ser un peligro para la seguridad pública. ¡De vago y maleante! Te llevarán a la cárcel a rastras, hombre. Ya no está permitido vagabundear a menos que lleves perro. El perro —con un gesto indica al suyo— lo convierte en legal. Lo legitima. Yo sí tengo perro. Deberías tener uno. Es mejor un perro de clase alta, como un collie o un golden retriever, un perro inscrito en el censo. Pero sirve cualquier otro. Créeme, la gente feliz está en su casa, durmiendo, acurrucadita en sus sueños. —Suelta la frase con desprecio—. Toda la gente con suerte. —Se sienta, pero sigue pareciendo nervioso—. La maldita gente con suerte... ¿Tú qué problema tienes? —Sonríe con aire de gnomo—. ¿La mala conciencia no te deja dormir? ¿El bloqueo del escritor?

—No. Ya te lo he dicho. Me he despertado desorientado. Me pasa a menudo. Estoy pensando en un libro, supongo. Necesito airearme. Ya tengo una perra.

—No lo sabía. ¿Dónde está? —Mira alrededor fingiendo buscarla.

—Está durmiendo. No le gusta pasear conmigo de noche. No le gusta verme desorientado.

—Inteligente, tu perra. ¿O sea que estás diciendo que no sabes dónde estás? ¿Es así?

—Sí. Pero ahora sí que sé dónde estoy.

—A lo mejor andas demasiado enfrascado en la ficción. En fin, no me hagas caso. Pero ya que estamos, dime una cosa, ¿cómo empieza ese nuevo libro tuyo? ¿Cuál es la primera frase?

Me pongo a quitarme un chicle del zapato y contesto:

—No, eso sí que no. Esas cosas no las cuento.

—Vamos, Charlie. Soy tu vecino. Te conozco desde... ¿cuántos años hace que te conozco?

—Doce —contesto.

—Doce años. ¿Crees que voy a robarte la primera frase? No haría algo así. No hago esas cosas. No soy escritor, gracias a Dios. Soy empresario. Y artista. Venga, cuéntamelo. Cuéntame cómo empieza tu novela.

Me arrellano un momento y recito:

—«El hombre —yo, quién otro iba a ser si no— despierta asustado.»

Con la punta del pie pateo la tierra cubierta de cortezas y *Júnior* la olisquea. Bradley se hace el comprensivo y pregunta:

—¿Empieza con esa frase?

—Empieza con esa frase. Es un borrador, claro. En realidad solo la he pensado.

Asiente y comenta:

—Un pelín melodramática, ¿no? Tenía entendido que una de las reglas fundamentales es no empezar una novela con alguien que despierta en la cama. ¿Y a qué viene lo de *asustado*? ¿De veras te despiertas aterrorizado? No te pega nada. Ah, por cierto, creo que se dice *se despierta*.

Lo miro, irritado.

—¿Desde cuándo eres experto en gramática? Está bien, la revisaré. Además, es así, me despierto aterrorizado. Pregúntale a mi mujer.

—No, jamás haría algo así. ¿Cómo se titula el libro?

—No tengo ni idea.

—Deberías ponerle *El festín del amor*. En eso sí que soy experto. Ese libro debería escribirlo yo. En realidad, debería salir en él. Deberías incluirme en tu novela. Soy experto en el amor. A fin de cuentas, acabo de separarme de mi segunda mujer. Tengo un buen lío emocional. A lo mejor me pego un tiro antes de que acabe el capítulo. Tus lectores se preguntarían por las consecuencias. Sí, el festín del amor. Desde luego no es lo que esperaba cuando estaba en bachillerato y me imaginaba cómo iba a ser el amor, viajes de luna de miel, la dicha eterna y cosas por el estilo.

Echo un vistazo al perro, que me bosteza en la cara. Lo aburro.

—¿No estabas saliendo con una médica? ¿O con otra mujer?

—Eso son cosas mías.

—Vaya, ¿se te ha ocurrido el título y luego decides que no puedo quedármelo porque es una metáfora? ¿Y quieres ser un personaje del libro y te niegas a darme detalles de tu vida amorosa?

—Qué metáfora ni qué ocho cuartos. Yo qué sé. Ponle *El festín del amor*. Ah, ya sé, ponle *Desencadena mi corazón*. Ese sí que es un buen título. Ponle lo que te dé la gana. Pero no olvides que las metáforas significan algo —dice, y se levanta. *Júnior* también se levanta—. ¿Te acuerdas de Kathryn, mi ex? ¿Mi primera ex? Cuando Kathryn me llamaba sapo, a veces lo hacía para castigarme, estoy seguro de que eligió la metáfora con cuidado. Era muy cuidadosa con el lenguaje. Era una maniática. Probablemente se pasó todo un día buscándola. Coleccionaba metáforas, Kathryn. Marcaba con una x el lugar donde las encontraba. Después alardeaba de metáforas conmigo. Al cabo de un tiempo lo convirtió en mi apodo, como cuando decía, «Sapo,

amor mío, ¿me pasas las patatas?». Resultó que todas aquellas metáforas eran siempre sobre mí. Esa la sacó de *El viento entre los sauces*, su libro preferido. El señor Sapo, ya sabes.

Lo dice en voz baja, mientras contempla la penumbra del parque infantil, y así, en la oscuridad, sí suena en cierto modo como un sapo.

—Podría haber sido peor —me informa—. Un sapo tiene dignidad. —Mira a ambos lados. Luego se pone a cantar.

Oxford está lleno de lumbreras
sus saberes son la repera.
Mas los del Sapo, en comparación,
los superan sin excepción.

—En fin, al cabo de un tiempo la ponía de los nervios. Y por supuesto era lesbiana; bueno, en cierto modo, un poquito lesbiana, una turista sexual, de haber tenido tiempo habríamos controlado esa parte, la del turismo. Al menos eso creía yo. El verdadero problema era que no le gustaba mi inconstancia. Según ella yo era el hombre de las mil caras, amable por la mañana, no tan amable por la noche. Los hombres como yo la exasperaban. Una vez me llamó el Lon Chaney del Medio Oeste, el Lon Chaney con la bombilla monstruosa iluminándole los pómulos desde abajo. Me llamaba *El fantasma de la ópera*. —Hace una pausa—. ¿De qué ópera? En esta ciudad no hay ópera.

Levanta la vista al cielo nocturno, luego prosigue.

—Al menos fui una estrella. Ya sabes que las mujeres admiran la belleza física en los hombres mucho más de lo que dicen. —Lo comenta con aire de complicidad, como si revelara un gran secreto—. En ese sentido no te hagas ilusiones.

—Nunca me haría ilusiones con algo así —le digo—. No es de Diana de quien estás hablando, ¿no? ¿Es de Kathryn?

—No. —Suspira con rabia—. No hablo de Diana. Claro que

no. No, maldita sea, te lo he dicho, era mi primera mujer. Mi primer matrimonio. La conociste, lo sé. Kathryn.

—No —digo—, no me acuerdo de ella. Pero con Diana tampoco estuviste mucho tiempo casado.

—Quizás no —masculla—, pero la quise. Sobre todo después del divorcio. Una broma del destino. Antes de casarnos ella quería a otro y lo quiso mientras estuvimos casados y lo sigue queriendo ahora. El perro y yo venimos a sentarnos aquí y a pensar en ella, y en ese negocio mío, el del café. La verdad es que no sé qué piensa el perro.

Entre los dos se abre un espacio silencioso. Lo oigo respirar y observo sus manos entrelazadas. Con una mano busca una galleta para el perro en el bolsillo del pantalón y se la acerca a *Júnior*, que se la zampa.

—No deberías hacer eso. Entregarte a la nostalgia, quiero decir. Pero la verdad es que Diana era muy guapa —digo.

—Lo sigue siendo. Y no es nostalgia.

—Pero te fue infiel —le digo—. No puedes querer a alguien que hace algo así.

—Yo casi pude. Era poderosa. Me tenía como hechizado, no es broma. —Me mira a la cara—. Casi una diosa, Diana. Podía dejar que me destruyera. Que me quemara. Podía caer envuelto en llamas al mirarla.

Justo cuando termina esa frase, un ruido, como el graznido de un cuervo, nos llega filtrado desde muy arriba, entre las copas de los árboles. Raro: no recuerdo haber oído cuervos por la noche. Al mismo tiempo que lo pienso, oigo a un hombre reír dos veces, a lo lejos, desde las casas que tenemos a nuestra espalda. Es una risa horrible y taimada. Hace que se me ericen los pelos de la nuca.

—Ah, por cierto —digo—, vengo del estadio. Adivina lo que vi.

—Van a poner una valla enorme alrededor. —Ríe—. ¿No lo sabías? Una valla enorme. Con un nuevo marcador gigantesco, estilo Las Vegas. La gente como tú sigue intentando colarse.

—Ahora no hay ninguna valla —le digo.

—Ya sé de qué va esto —bufa Bradley—. Mientras caminas por la noche, vas absorbiendo material para tu libro, *El festín del amor*, ¿y qué es lo que ha surgido hoy ante tus ojos vagabundos? Lo sé muy bien: has visto a unos chicos que, tras colarse a escondidas en el estadio, estaban activamente desnudos a la altura de la yarda cincuenta.

—Pues sí. —Espero, decepcionado—. ¿Cómo lo sabías? A mí me ha parecido bastante tierno. ¿Y sabes qué? Me ha conmovido.

—Te ha conmovido.

—Es difícil de describir. Su...

Veo la curiosidad resplandecer en su cara permanentemente herida de amor.

—En fin, ya sabes —digo—. Los iluminaba la luna menguante. Como en *El sueño de una noche de verano* o algo por el estilo.

—De acuerdo. Ya lo sé. El amor en el terreno de juego. Sucede todo el tiempo —dice con voz más tranquila y quizás sedada. Por un momento me pregunto si no tomará Prozac—. ¿No lo sabías? Me crie por aquí, sé de lo que hablo. Los chicos se cuelan, para ellos es una hazaña, luego señalan la línea de las cincuenta yardas y dicen: «¿A que no adivinas lo que hice ahí con mi novia? Ahí es donde eché un polvo, Bub, justo en el mismo sitio donde están sacando en camilla a ese grandullón».

—Bueno, me tengo que ir —digo.

Me agarra del brazo con fuerza.

—Ni hablar. ¡Qué excusa más ridícula! Son las dos de la mañana. No tienes que ir a ninguna parte.

—Mi mujer espera que vuelva.

De pronto se incorpora y dice:

—Escúchame, Charlie, tengo una idea. Resolverá todos tus problemas y también el mío. ¿Por qué no dejas que hable yo? Déjanos hablar a todos. Te mandaré gente, ya sabes, gente de verdad, para variar, seres humanos reales, por ejemplo, y tú los

escuchas un rato. Todo el mundo tiene una historia, y se trata de que te contemos las nuestras.

—¿Qué te has creído que soy, un antropólogo? —Lo medité—. No, Bradley, lo siento, no funcionará. Tendría que convertirte en un personaje de novela. Y a tu perro también. —Le doy unas palmaditas en la cabeza a *Júnior*. *Júnior* sonrío otra vez: un perro muy estúpido y muy manso, pero no es un personaje para una novela.

—Bueno, cambia de hábitos. Funcionará, hazme caso. Escucha esto. —Carraspea—. Allá voy. Capítulo uno. «En toda relación hay al menos un día realmente bueno...»